
PROLOGO

La Catedral de Tudela, admirable monumento de los tiempos medioevales, emporio del arte, escuela donde se han juntado en armónico consorcio las más hermosas manifestaciones de la belleza, joya riquísima que la munificencia real labró como demostración de su devoción mariana, guarda en su seno, como madre amante y cariñosa, los restos mortales de los que un día fueron sus hijos.

Príncipes y vasallos, plebeyos y nobles descansan en sus tumbas amparados bajo la cruz de sus naves.

Las piedras que cubren sus sepulcros modestamente indican unas los nombres de los que allí descansan; otras anónimas y sin inscripción alguna guardan su secreto hasta el día de la resurrección. Un escudo de armas, un apellido, una fecha es lo único que se encuentra en estos sepulcros; ni el valor del guerrero, ni las hazañas caballerescas, ni las gestas de los reyes — humo vano en que se envuelve la vanidad humana — aparecen esculpidos en ninguna parte. Un seco laconismo unifica todas las inscripciones.

La mano implacable del tiempo ha marcado sus huellas borrando nombres y mutilando fechas; hasta el hombre (triste es decirlo) ha prestado también su brazo a esta obra destructora. ¿Qué se ha